

BENJAMIN CARRION

CUANDO CONOCI A GABRIELA MISTRAL

La Cultura hispanoamericana entre —dos— guerras, singularmente en lo que se refiere a "la cosa literaria", señala pasos gigantescos hacia su madurez. Novela, poesía, ensayo, ofrecen representantes y obras ya tan hechas y logradas que, a pesar de las biliosas explosiones del reaccionario, católico y travieso escritor italiano Papini, los aportes de nuestra América a la literatura universal son dignos de entrar en línea con las más prestigiosas literaturas contemporáneas. Y es así como me parece fácil sostener que, excluyendo la obra de Marcel Proust, de D. H. Lawrence, de James Joyce y, en el teatro, de Pirandello y O'Neill, nuestra producción —la hispánica de América, o la de América hispana—, no es inferior a la producción contemporánea de muchas literaturas adultas. Sencillamente superior a la italiana y, con solo tres nombres importantes: Silone, Malaparte, Moravia, ni que decir, a la española que, —en lo que se refiere a lo producido en España después de la diáspora— es realmente inexistente: callaron las grandes voces de Unamuno, Antonio Machado, Federico Salinas, cegado por la muerte, y las de Azorín y Baroja por la ancianidad, hoy solo quedan en el destierro, voces grandes y puras como las de Juan Ramón Jiménez, Alberti, Casona. Y la infatigable palabra, "auto-moribundia", desterrada, viajando hacia el pasado, de Ramón Gómez de la Serna.

Los primeros años de la primera post-guerra, están marcados por el reconocimiento americano total —que luego sería más amplio— de Gabriela Mistral, Alfonso Reyes, Porfirio Barba Jacob, Enrique González Martínez. La gran cohorte modernista había ido raleando poco a poco. Se irían poco

antes, durante y poco después de la guerra de 1.914-1.918, el gran Jefe Rubén Darío, Herrera Reissig, Amado Nervo, Blanco Fombona, Chocano, Lugones, Valencia. Fresco y robusto de físico y moral: el gran viejo colombiano Baldomero Sanín Cano, había de servir de lazo de unión a cuatro generaciones de escritores. Y, viniendo desde la vieja cepa de Río Negro, liberal —centenarista, había de llegar un día en que, con el beneplácito orgulloso de los liberales colombianos, apaleados, perseguidos, mutilados y asesinados durante cuatro años por los conservadores, sería agraciado con el premio Stalin, pagado en buenos dólares de "el oro de Moscú"...

El ensayo —ese género vecino al tratado y cuyo contenido puede ser de sociología, filosofía, crítica, historia, etc.— encuentra en todos los países de América española cultivadores robustos, serios, con gran intención y poder de inquisición sobre la realidad política, económica, histórica y estética de sus respectivos países y del total americano. Con el antecedente poderoso e incitador de nuestro Don Juan Montalvo y la confirmación de Rodó en la etapa modernista, el género ha tomado carta de naturaleza entre nosotros, hasta el punto de que, sin lugar a duda, las personalidades más robustas, con cierto valor de capitanía y de representación natural, son en cada país los de los ensayistas, que hacen oír su voz rectora y guiadora desde la gran revista —tipo "Cuadernos americanos" de México, "La Torre" de Puerto Rico, "Imago Mundis" de Buenos Aires, "Letras del Ecuador" y "Casa de la Cultura" de Quito, "Revista Nacional de Cultura" de Caracas, "Revista de América" de Bogotá y otras— desde la prensa diaria y sus suplementos dominicales y desde el libro de ensayos.

Ya en la época en que conocí a Gabriela Mistral,—1926— el ensayo y los ensayistas asumían esta alta y severa responsabilidad. Con la significativa circunstancia de que muchos de los cultivadores del género, hacían coincidir con él, sus capacidades de relatistas, historiadores, tratadistas o poetas: Tales los casos de Baldomero Sanín Cano, José Vasconcelos, los García Calderón, Gonzalo Zaldumbide, Arguedas, Blanco Fombona, Alfredo Palacios, y el que, por su dación absoluta a la obra de cultura y, más exactamente a su faena de escirtor de "hombre de letras" total, sería una de las sig-

nificaciones más enhiestas de la historia de nuestra cultura: Alfonso Reyes.

El ensayo, principalmente en sus implicaciones de herramienta política, ha sido quizás el aporte más importante, más original, más macisamente valioso de la América Española a la civilización occidental, a la que los europeos y aún los norteamericanos, le niegan su tarjeta de entrada. En los otros géneros, se ha seguido ajustadamente la norma occidental, el patrón europeo, casi sin intención ni propósitos válidos de originalidad, esencial. En realidad, esos sacudones tremendos a la arquitectura y a la sustancia de la novela post-balzaciana, dados por Marcel Proust o James Joyce, no tienen parangón en nuestra América. Lo mismo puede decirse de los otros géneros. En cambio el ensayo indagatorio, inquisidor, averiguador profundo de nuestra verdad Geo-política, étnica, histórica, racial, es un apasionante mandato de nuestra hora, que trae consigo la originalidad del tema y de la manera de enfocarlo.

Tenemos, por ejemplo, el caso de "7 ensayos de interpretación de la realidad peruana", de José Carlos Mariátegui. En primer lugar es, seguramente una de las obras fundamentales producidas por la cultura iberoamericana. Luego, nos ofrece el caso de suscitación, de mano indicadora, de poste señalador de rutas más certero y lúcido, más eficaz a la vez que haya producido nuestra generación; puede, honestamente, decirse que cualquier otro libro, de los llamados de ficción o creación publicados en el Perú valga lo que ese, en el terreno de lo original? Y eso que, en poesía, tenemos allí, en la sierra peruana, esa otra profunda verdad de América: la poesía de César Vallejo.

Y como el caso toral de la obra de Mariátegui ensayista, tenemos los libros de Picón Salas en Venezuela, de Alfonso Reyes en México, los de Sanín Cano y Germán Arciniegas en Colombia, de Mañach y Marinello en Cuba; de Benjamin Subercasseuax el de "Chile o una loca geografía" en Santiago; de Martínez Estrada, el de "Radiografía de la Pampa", en Argentina; del formidable Euclides de Cunha —precursor del género indagatorio de las verdades nacionales— y Gilberto Freire en el Brasil; de Pío Jaramillo Alvarado en el Ecuador; de Alcides Arguedas en Bolivia; de Juan José Arévalo en Guatemala, García Monge en Costa Rica, Masferrer en El Salvador, Hernán Robleto en Nicaragua, Heliodoro Va-

Ile en Honduras, de Rodrigo Miró, el de "Teoría de la Patria" en Panamá; Jaime Benítez en Puerto Rico.

Es con la obra de sus ensayistas que se está construyendo nuestra América. Si primero fueron panfletarios, "ciudadanos armados de la pluma", como Montalvo o Bulnes, hoy son los buídos, los penetrantes buscadores de verdades en los subfondos, fondos y superficies de las regiones nacionales. Y es el conjunto de ideas, de premoniciones, de estímulos que ellos, los meditadores sinceros en la suerte, destino y mensaje de estos pueblos, el que, frente a las asechanzas de la ambición caudillista, sostenida por los intereses imperialistas de un capitalismo internacional desenfrenado, está edificando la democracia internacional y nacional americanos.

Aquí, en nuestra América, se ha lanzado el "quinto evangelio", cuando se dijo el mandamiento sagrado: "la victoria no da derechos", frente al latino, al europeísmo "vic victis!", "ay de los vencidos!" Mucho ha caminado la humanidad desde entonces aquí, en nuestras montañas y nuestras selvas vírgenes. Todavía en la culta y "universalista" Europa, se desencadenaron guerras mundiales basadas en la supremacía de una raza sobre las demás. Todavía en los cultísimos Estados Unidos, administradores y expendidores de "patentes limpias" de democracia a los pueblos que mejor los sirven, se mata virtuosamente a los negros, para que no ensucien la raza superior, de acuerdo con las "Cristianísimas" teorías de un aristócrata francés, el Conde de Gobineau. . . .

DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

El otro gran "hecho literario" de nuestra América es la aparición de nuestra novela. Sin mayores alardes de originalidad formal o técnica, pero con sustancia, contenido, paisaje y, sobre todo, personaje americano. Hombre, mujer y niño americanos.

Con las salvedades intencionales —y geniales— de Proust y, acaso, de Kafka y Joyce —la vieja fórmula balzaciana de relatar, de contar, de novelar, ha sufrido muy escasas variaciones. Allí, en la descomunal obra del viejo **tourangeois** están **in ovo**, todas las fórmulas de la novela del futuro. Mayor intensidad penetrativa, "mayor cantidad de hombre", derivaciones hacia el diálogo, fugaz por los caminos del paisaje— iniciadas por los relatistas del romanticismo, primera o tercera personas relatando argumentos que pudié-

ramos llamar "de extensión", series de cuentos engarzados en forma exterior de novela, correspondencia epistolar con argumento de novela, mayor o menor cantidad de literatura, o de aventura En la época en que conocí a Gabriela Mistral, comenzaba la seria etapa de las novelas **rios-romans-fleuves** —o de las novelas suma **romans-somme**—. Coetáneamente al auge de la gran pintura mural de los mexicanos principalmente. Jules Romains, inteligente, ambicioso, que ya nos había dado en el teatro ensayos de originalidad muy importantes a favor de la maquinaria escénica, como **Dono-yó-Tonka**; había iniciado su inmenso mural contemporáneo —de antes, en y después de la primera guerra— con el nombre esperanzado y optimista: "**Los hombres de buena voluntad**". Roger Martin du Gard, artista ante todo, "el primer novelista de Francia" según Gide, publica "**Les Thibault**". Acá, en este lado del mar, John dos Passos —para mi gusto el más importante novelista norteamericano de estos tiempos— también ensaya fórmulas liberadoras. Pero el cuento es el cuento, y hay que contarlo. Por eso, el gran cuento que no todos cuentan —perdón, Balzac— el relato de lo que "pasa dentro de nosotros mismos", allá dentro del hombre, en esa lejanía difícil de aprehender con la red ordinaria de palabras e idiomas. De allí que, francamente, Proust, Joyce, Kafka

ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

La novela hispanoamericana que, en forma grande y masiva, apareció en la época en que conocí a Gabriela Mistral, no ha intentado seriamente, grandes innovaciones de forma. Ha buscado, es claro, su mejor manera, su más adecuada forma de expresión. Ha titubeado mucho en eso. Pero las obras finas, hondas, muy americanas, de Teresa de la Parra —la grande amiga nuestra de esa época, nuestra Teresa, Gabriela— sobre las que yo escribiera un ensayo en mi libro **Mapa de América**, con ganas de comprender y de explicarme, son vaciadas en el molde francés, europeo en general. Similitudes formales con el gran novelista peninsular Eça de Queiroz me permití señalar entonces. Hoy al releer a Teresa, después de que se fuera, después que "se muriera para siempre", y al releer —como hago siempre— a Eça de Queiroz, confirmo mi opinión de entonces.

Fue en esa época —entre—dos—guerras—que se produjo la aceptación continental y la difusión de las primeras

cuatro novelas importantes de la novelística hispanoamericana: **La Vorágine**, del colombiano José Eustasio Rivera; **Los de abajo** del mexicano Mariano Azuela; **Don Segundo Sombra**, del argentino Ricardo Güiraldes y **Doña Bárbara** del venezolano Rómulo Gallegos.

Qué traía este nuevo tipo de novela? Ya no era el lejano resplandor de la hoguera romántica que hacía pensar a los críticos: por aquí ha andado Lord Byron, por allá, Chateaubriand, y por todas partes Lamartine, Vigny, Musset, y todo, recordando a Víctor Hugo. . . . No era tampoco el **costumbrismo**, grippe española de nuestra novelística, que se inspiró, en mala hora para ella, en escritores tan, tan secundarios como el Padre Coloma, Fernán Caballero y los peores momentos de Don Pedro Antonio de Alarcón. Porque los imitadores de Valera, de Octavio Picón, del gran viejo Pereda, eran más raros y, sobre todo, quedaban bien lejos de sus modelos; sobre todo del último, cuyo mérito principal reside en lo que él llamó insuperablemente al titular una de sus novelas: "el sabor de la tierruca".

Lo que trajo a nuestra literatura la novelística del año veinte y siguientes hasta hoy, es la mayor cantidad posible de América en paisaje, formas expresivas, "material humano". Pero no en innovaciones sustanciales de técnica: vinieron a contar América. Cosas y hombres de América. Los precursores, en diversos lugares de América, adoptaron los moldes de la novela francesa realista o más aun, de la materialista de Zola. Algunos, la fórmula galdosiana. Era —valga la transposición de la política a la literatura —una novela "liberal", como había sido "Conservador" el costumbrismo que terminaba siempre con hipocritonas moralejas en contra de las malas costumbres del "siglo". Los precursores auténticos de la actual novelística hispanoamericana fueron, en su gran mayoría, hombres de ideas más anchas, a tono con la hora de las revoluciones liberales: Luis Martínez, en el Ecuador, con su galdosiana **A la Costa**, Federico Gamboa, con su zolesca **Santa**; Romero García con su naturalista **Peonía**.

De pronto, estas cuatro novelas —sin innovación formal o técnica considerable— huelen a América. Son América. Son la expresión de algo que se ha venido haciendo, poco a poco, en el subfondo espiritual de estas regiones y que pugnaba por salir afuera. Contenidas, en los moldes tradiciona-

les del relato —demasiado objetivas, acaso— pero con aliento de espíritu nuevo que no era, precisamente, el europeo.

De los cuatro iniciadores, Azuela hace algo en cuento y en novela; Güiraldez y Rivera no intentan la continuación de la obra. Rómulo Gallegos, en cambio, con firme pulso balzaciano, al que no estábamos acostumbrados en América, según la frase de Gabriela Mistral, insiste seguro y laborioso en la faena, y nos ofrece, sin apresuramientos excesivos ni menos con retención exagerada —ni Balzac ni Flaubert— una colección de novelas desde **Reinaldo Solar** hasta pasando por **Doña Bárbara**, **Cantaclaro**, **Canaima**, **Pobre Negro** y numerosos cuentos.

Luego, la novelística americana se presenta, en forma impresionante de cantidad y calidad en los diversos países del ámbito castellano de América. Esta vez sin retardo excesivo, en su hora, asoma el caso sorprendente de la novelística de mi país, el Ecuador. Si **Doña Bárbara**, hito fundamental de la novela americana aparece en de 1.929, las primeras cosas de nuestros novelistas como De la Cuadra y los autores de **Los que se van** — Gallegos Lara, Aguilera Malta, Gil Gilbert— de Pablo Palacio, de Pareja Diez-Canseco, el **Barro de la Sierra**, predecesor de **Huasipungo**, de Jorge Icaza, las primeras novelas de Humberto Salvador, todas esas iniciales de la novelística ecuatoriana aparecieron entre 1.929 y hoy. Y aún los posteriores, como Angel F. Rojas—. Solamente Adalberto Ortiz es marcadamente posterior y es de una nueva promoción. Grupo sin precedentes en la historia literaria de América: todos ellos, apenas pasados los veinte años se presentan con apariencia de equipo— sin serlo en realidad, con excepción del primitivo “grupo de Guayaquil”—, con obras significativas, fijadoras de su manera, de su modo de expresión definitivo, de su sentido, de su intención y de su fuerza. Hasta tal punto maduras y acabadas que —salvo el caso de Pareja Diez-Canseco, que ha hecho incursiones y búsquedas por distintos caminos— todos ellos apenas han podido superar sus obras primigenias. Icaza, por ejemplo, el más difundido de todos— se acerca ya al cabo de la buena esperanza de la cincuentena— sigue siendo para los críticos y los lectores, después de haber producido algunas magníficas novelas, el autor de **Huasipungo**, aquel famoso **Huasipungo** de sus veinticinco años, que es ya una de las obras clásicas del relato americano.

El Brasil ofrece una eclosión magnífica de novelistas

esencialmente brasileños. Los predecesores, como Machado de Asis, figura primordial de la novelística americana y Aliuzis de Azevedo ya habían dado, antes que los de idioma español, obras con mucha cantidad de América. Y Graça Aranha, el primer novelista del continente en su época, según el juicio de Rubén Darío, nos dió en **Canaan** el drama tremendo de la colonización de nuestras selvas de trópico. En el período en que conocí a Gabriela Mistral, comenzaban a llegar hasta Europa libros y nombres más jóvenes. José Luis do Rego, Graciliano Ramos, Erico Verísimo y posteriormente Jorge Amado.

En el Perú, en la Argentina, en Chile, en todas partes, asoman unidades admirables en los distintos caminos del relato. Pero todos obedeciendo a un mandato común: la denuncia de la injusticia, el reclamo de la justicia. Es una literatura de inconformidad. Los primeros asomos de relato, que se confunden con el desafortunado "Costumbrismo" y con la transposición del episodio romántico a lo Chateaubriand, corresponden a la era conservadora de la política americana de post-independencia. Las primeras novelas realistas o naturalistas —a lo Zola o Galdós— corresponden a las revoluciones liberales de fin de siglo: Juárez, Martí, Alfaro, Piérola. La novela de hoy —la que asomó en torno al año 1.930— es una novela en que se reflejan los anhelos de la revolución económica-social que surgieron de la primera guerra mundial.

Y lo mismo, exactamente, en los Estados Unidos: Dreiser, Jack London, Sinclair Lewis, Upton Sinclair, John Steinbeck, John dos Passos, Willian Faulkner, Sherwood Anderson, Ernest Hemingway, Willian Sarogan.

(Del libro en prensa, **Santa Gabriela Mistral**).